

Caras llorosas

Hay días en que las provincias del sur amanecen con una cara que produce pena. Cada título de la página de telegramas de provincias no es más que un ojo cuajado de lágrimas, lágrimas que se vierten lentamente sobre el papel, resbalan por el texto, se unen a otras, como las gotas de lluvia en un vidrio, y forman luego, todas juntas, un tibio hilo de agua que cae, al fin, sobre la cama, sobre el piso del tranvía o sobre el secante del escritorio. Las provincias lloran.

¿Por qué lloran? Por infinitos motivos. En invierno, porque llueve demasiado: se desbordan los ríos; desaparecen los puentes; pueblos o familias enteras quedan aislados; se pierden o se atrasan los trabajos del campo; se ahogan cientos de cabezas de ganado y aparecen las enfermedades propias de la estación, endémicas aquí y allá. En verano, porque no llueve: hay sequía; los animales, que en invierno morían ahogados, ahora perecen de sed; ^{decenas} grandes incendios azotan ^{fundos} ~~centenares~~ de ^{cuadras} ~~cuadras~~, devastando cosechas, quemando casas, achicharrando a algunos pobres diablos y acabando con ^{Sucesión Manuel Rojas ©} ~~cuadras~~ y ~~cuadras~~ de bosques. Y esto no es todo: hay pueblos que se quedan sin luz; otros, sin movilización; aquéllos, no tienen médicos; éstos, carecen de locales escolares y de profesores; aparecen plagas de ratones; hoy, se declaran en huelga unos obreros (siempre es una huelga ilegal); mañana, los alumnos de un liceo; pululan cientos de espías; manadas de leones azotan los rebaños; ocupantes de tierras se lían a tiros con carabineros; hay elecciones y giras políticas. Para colmar todo esto, de vez en cuando un terremoto termina con una provincia entera. ¿Cómo no llorar?

Leyendo el diario en la cama, en el tranvía o en la oficina, el hombre de Santiago, libre de leones, de ríos desbordados, de plagas de ratones, de grandes incendios y de tiroteos que llegan hasta las páginas de las novelas nacionales, piensa, con horror, en la paciencia de esa gente. ¿Cómo es que soportan todo eso? Dios sabe cómo.

El hombre de Santiago comprende que los dueños de fundos, los gobernadores, los intendentes, los jefes de industria y otros privilegiados seres puedan soportar todo eso, pero no comprende cómo puede soportarlo el pueblo, los campesinos, los leñadores, los trabajadores, en fin. Asustado ante la resistencia de esa pobre gente, el ciudadano santiaguino da vuelta la página. En la siguiente, un título a todo el ancho anuncia que todavía no han llegado a feliz término las conversaciones de los jefes de partido: siguen las dificultades políticas. Dios es grande.

Manuel Rojas

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©